

La olla extraviada

(Cuento)

Hugo Mercado Ayala

(PRIMERA PARTE)

Gracias a una ley recién aprobada por el Congreso, la señora Helba obtuvo su liberación después de haber estado en la cárcel los últimos cinco años. Ese código, que de inmediato se conoció como la Ley de Amnistía 70/20, ordenaba que nadie menor de 20 años de edad o mayor de 70, permociera en prisión cualquiera fuera el delito cometido. Es decir, cualquier delito penado y con sentencia ejecutoria, no mayor a los 20 años de reclusión. Desde luego tal disposición legal en el caso de los menores y aún en el de algunos viejos con pocos años cumplidos entre rejas, resultaba una bendición discutible, pero como bien dice el aforismo, "la ley es dura pero es la ley", la medida se impuso a rajatabla.

Doña Helba viuda de Martínez, a la edad de 65 años había sido sentenciada a 15 años de presidio por "homicidio con atenuantes" y a no ser por la nueva ley debería pasar en el encierro unos años más antes de aspirar a algún beneficio de libertad condicionada. Cuando su marido aún vivía la pareja era conocida como "los tercos Martínez". Aunque en el pueblo todos sabían que algo raro pasaba entre ellos nadie se ocupaba de averiguarlo porque su terquedad, o lo que fuera, no le hacía daño a nadie. Vivían retrajados sin mayores problemas en la vieja casa de las afueras del pueblo, dentro de una rutina que habían buscado y a la que estaban habituados hasta que sucedió el sensacional hecho que protagonizó la anciana. Pero mejor veamos cómo se produjeron los acontecimientos.

La casa de los Martínez, como hemos dicho, estaba en las afueras de la ciudad; era un edificio de dos plantas viejo y descuidado a más no poder. Incluyendo el terreno sin cultivar abarcaba poco más o menos una media hectárea. El marido con bastante habilidad se dedicaba a reparar toda clase de artefactos domésticos para el que quisiera un buen trabajo a precio económico y la mujer vendía una o dos veces por semana a hoteles y restaurantes, pastelillos, tortas y variedad de masitas y golosinas hechas en casa; ella trabajaba sin esforzarse casi nada toda vez que, según lo decía, no tenía para quien trabajar desde que hubo perdido a su único hijo en un accidente de automóvil. Dicho de paso ese accidente lo había provocado Zergio, su marido, con la mayor imprudencia, al conducir ebrio el auto familiar, aparte de perder el hijo, Helba perdió también al marido por un tiempo largo, puesto que después de las agrias reprimediciones hogareñas y judiciales, él había salido de la casa y anduvo perdido por el mundo luego de cumplir una corta temporadita en la cárcel. Cuando al fin regresó al hogar los Martínez no sólo separaron las camas sino también los pisos entre ellos haciendo honor a su fama de tercos nunca se reconciliaron plenamente. Zergio vivía en la planta baja y doña Helba en el de arriba. Él había dejado de beber casi por completo y no salía de su taller sino para comer o dormir. En resumen, como se dice, vivían juntos pero no mezclados en una triste monotonía que se quebraba solamente a la hora de comer y los domingos de allá en cuando iban al



templo cercano.

Sin embargo la rutina fue alterada un buen día cuando don Zergio salió de la casa y anduvo perdido varios días sin que nadie supiera su paradero. Cuando volvió a casa una madrugada lo hizo tambaleándose por lo borracho.

Al día siguiente doña Helba que ordinariamente poco o nada le hablaba se plantó delante del marido y entre otras cosas dichas con la mayor sequedad sentenció terminantemente: "Esto no ha de continuar así... o te comportas de una vez o sales de la casa para siempre".

Zergio miró el rostro envejecido de su mujer; sintió que le invadía una profunda tristeza y un agudo remordimiento por la forma en que habían llegado a convivir. En un instante recordó los años felices que había vivido en la juventud a partir del matrimonio, amándose como todos los que llegan al altar con la ilusión de una vida serena y placentera. Ese amor - pensaba - no pudo haber desaparecido totalmente. Sospechaba que Helba guardaba todavía un poco de afecto pese a los graves problemas que pasaron desde la terrible muerte de su hijo. Y como había esperado que tarde o temprano recibiría esa especie de ultimátum, el de arreglar su conducta como arreglaba aparatos ajenos, respondió calmadamente: "Está bien, mujer... déjame pensar unos días y ya veremos. Tú sabes que nunca más bebí desde el... - recordaba el accidente en el que prácticamente había matado a su hijo - en fin, no volverá a suceder".

Luego pasaron los días, las semanas y volvieron a sumirse en la oscuridad de su rutina: cada uno se ocupaba de sus propias cosas sin la injerencia del otro. Cuando se hablaban lo hacían con monosilabos o con simples gestos

que cada uno conocía, como también sabía que había un asunto pendiente: un asunto importante que había quedado sin resolver.

Un tiempo después Zergio desapareció de la casa de nuevo y estuvo fuera por tres días. Cuando regresó, la esposa, casi sin quererlo, pudo observar que el hombre traía un grueso portafolio negro. Era evidente que había pasado algo extraordinario, por varias razones. Temprano a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, vio el portafolios en el rincón más oscuro del comedor. Entonces entró Zergio visiblemente nervioso y le dijo suplicante:

- Por favor, Helba... ve a la ciudad y busca en mi nombre a la señora Fernández y te dará un... pequeño televisor para repararlo. Puedes tomar un taxi y traerlo. Es urgente y yo... no puedo salir ahora porque... La anciana vaciló un momento porque el pedido era sumamente raro ya que él siempre se había ocupado de sus cosas y nunca había permitido la intervención de su esposa. Estaba claro que algo no encajaba en la situación pero supo disimular su extrañeza. Aunque hubiera podido negar el pedido, ya que estaba furiosa, los ruegos y el estado de ánimo del hombre hicieron su efecto.

- Está bien, - aceptó -, me pondré el abrigo y salgo en seguida.

Más tarde ella regresó sin el televisor portátil ni cosa alguna puesto que la tal señora Fernández había estado de viaje desde días anteriores.

Para enredar el asunto un poco más Helba notó que el marido continuaba nervioso y miraba a la calle de rato en rato; además tenía las manos y la ropa con rastros de tierra húmeda.

Ya en su cocina preparando la comida del mediodía, doña Helba que era ducha en diferentes aspectos no tardó en notar que sus cosas no estaban en su sitio habitual; pronto echó de ver que le faltaba la olla grande de aluminio que guardaba en un rincón debajo del mesón, olla que casi no usaba por razones obvias. Se quedó perpleja un rato y al final resolvió no decir nada; pero sus pensamientos estaban concentrados en el pequeño misterio y sabía que no tardaría en aclarar las cosas.

Un día, unas dos semanas después, al filo de la media noche oyó fuertes voces en las habitaciones de abajo; era evidente que su marido se había trenzado en una agria discusión con un desconocido que le increpaba y reclamaba algo con indignación. A pesar del fuerte ruido y lo avanzado de la hora doña Helba optó una vez más por hacerse la desentendida. Entonces se escuchó por toda la casa un terrible estampido, magnificado por lo inusual y la quietud de la noche.

Bajó apresuradamente las gradas y llegó a la escena a tiempo para ver que un hombre corpulento huía de la casa acosado por el perro que ladraba furiosamente mientras corría por detrás del fugitivo. Entró en el comedor y vio a su marido tendido en el suelo; tenía en el pecho de la camisa una mancha roja que se agrandaba rápidamente. Antes de agacharse hacia el hombre yacente tuvo la certeza de que estaba muerto. Acababan de asesinar a su marido.

Continuará

